

Sobre los *Viajes*

Juan José Saer

Me parece adivinar aquello que, más allá del político, del ideólogo y del polemista, hace de Sarmiento un escritor: la capacidad, a pesar de la firmeza casi monomaniaca de sus ideas, de dejarse maravillarse por todo lo que en la realidad diversa y adversa las contradice. De esa hospitalidad a lo antagónico nace su literatura. Sus mejores páginas se las debemos, no a sus esquemas a veces rígidos de reformador, sino a su lealtad con lo real. En nuestra historia literaria, en la que abundan los libros programáticos, es difícil encontrar lo que constituye el encanto principal de estos *Viajes*: la inmersión feliz de su autor en los vaivenes de la experiencia. Es esa entrega lo que produce las impresiones euforizantes de su lectura. Y también la ocasión de entrar un poco en la intimidad de alguien que, por haber cristalizado en nuestra imaginación primitiva, semejante a una figura paterna, a través de distantes y grises efigies escolares, era para nosotros como un desconocido. Estas páginas nos lo revelan inmediato y viviente. Ellas restituyen nuestro igual, no nuestro modelo, y conservan esa temperatura humana y ese sabor de lo empírico que están ausentes de los daguerrotipos.

Emprendido en la plenitud de la vida, aparentemente a desgano, el viaje de Sarmiento por Europa, África y Estados Unidos es su primera confrontación, a los 34 años, con los arquetipos políticos, sociales y literarios que, desde su adolescencia, habían moldeado su pensamiento, y nuestra primera sorpresa en tanto que lectores es comprobar cómo, a pesar de la emoción creciente que va apoderándose de él a medida que Europa se aproxima, su sentido crítico, sin dejarse intimidar por el prestigio de sus modelos, se mantiene alerta y vivaz, sin otro límite que el que le imponen sus propias convicciones, «y dando por

medida de su ser –como lo escribe en la Advertencia– mi ser mismo, mis ideas, hábitos e instintos». Un siglo y medio más tarde, muchas de esas convicciones son todavía asombrosamente vigentes. Si, por ejemplo, su optimismo dogmático le impide ver el reverso negro de la dominación colonial, a su lucidez no se le escapa la rebeldía legítima que hierve en el África bajo la ocupación francesa. Exegeta entusiasta del progreso material y del liberalismo, no ignora sin embargo que el sistema que propende no es un pretexto cómodo para el enriquecimiento de unos pocos, sino un medio de tender a la prosperidad general. De todos los filósofos y reformadores sociales de la época, Charles Fourier es el único cuyas teorías son examinadas en los Viajes y Sarmiento coincide con él cuando dice que la actual civilización no es más que el último avatar del oscurantismo. Basadas en una estimación realista de lo posible, las críticas a Fourier no desconocen sin embargo la pertinencia de la utopía, pero la reservan para una etapa ulterior de la evolución social, ligada a la madurez de las instituciones porque, como lo dice bellamente comentando las guerras civiles en Montevideo, «cuando falta la conciencia pública, la impudencia de los instintos toma aires de razonamiento».

La eficacia principal de este libro reside por lo tanto en que en él, de un modo constante, el Sarmiento que todos creemos conocer es desplazado por un personaje menos convencional, infinitamente más rico y más flexible que los dogmas que, como a casi todas las figuras históricas, le atribuimos. Pero, paradójicamente, esa riqueza proviene de la exactitud de sus ideas y observaciones, las cuales, a causa justamente de esa exactitud, han conservado hasta hoy su frescura transformando a su autor en nuestro contemporáneo. Esa impresión de sus lectores es lo que define a Sarmiento como escritor, puesto que ya sabemos que, a pesar de tantos devaneos historicistas o sociológicos, toda buena página de literatura es intemporal.

Las reflexiones literarias propiamente dichas abundan en los Viajes, y aunque pueden ser de lo más variadas, y ocuparse de aspectos históricos, temáticos o formales, tienen sin embargo un rasgo común: son todas justas. La literatura francesa, el teatro español, la especificidad del idioma literario americano, la traducción, la terrible soledad de los proscritos, la poesía gauchesca, atrayendo con tanta asiduidad su atención, demuestran una vez más que la literatura es una de las preocupaciones esenciales de Sarmiento y, sobre todo, que la literatura gauchesca es probablemente uno de los puntos cruciales de su reflexión, por no decir el principal, puesto que, adoptando una entonación confidencial, no vacila en incluir al propio Facundo en ese movimiento: «¿Cómo hablar de Ascasubi sin saludar la memoria del montevideano creador del género gauchipolítico, que a haber escrito un libro en lugar de algunas páginas como lo hizo, habría dejado un monumento de la literatura semibárbara de la pampa? A mí me retozan las fibras cuando leo

las inmortales pláticas de Chano el cantor, que andan por aquí en boca de todos. Echeverría describiendo las escenas de la pampa; Hidalgo imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del Cantor, ¡qué diablos!, por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, y Rugendas, el verídico pintor de costumbres americanas; he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho que, como aquellos antiguos hicsos en el Egipto, ha se apoderado del gobierno de un pueblo culto, y paseado sus caballos, y hecho sus yerras, sus festines y sus laceaduras en las plazas de la ciudades». Estas líneas que declaran de antemano, apenas un año después de la publicación de Facundo, la famosa ambivalencia sarmientina respecto de la barbarie que a tantos críticos les llevó años de sesudos trabajos descubrir, han de haber sido meditadas largamente también por Hernández y por Lugones, porque ya están previstos en ellas no únicamente el Martín Fierro, sino la interpretación épica que Lugones hará del poema hacia 1913.

Al interés constante de estos Viajes, que rara vez decae y que, dicho sea de paso, habiendo adoptado la forma epistolar, presentan sutiles variantes estilísticas según el destinatario y el tema que tratan, se suma el acierto adicional de haber publicado el Diario de Gastos, donde Sarmiento fue anotando con minucia y constancia ejemplar todos los gastos, por mínimos que fuesen, que le ocasionaban sus desplazamientos. Pero ese diario tiene poco o nada que ver con un libro de contabilidad. Él mismo lo señala en la Advertencia que lo precede: «El presente libro de gastos hechos durante mi viaje, será uno de mis mejores recuerdos». Desde el pasaje de barco de Río de Janeiro a Le Havre, por 800 francos, hasta una limosna de céntimos, pasando por las compras de libros, de estampas, de ropa, por las cenas, los cigarros, los peines y los prostíbulos, las columnas cotidianas de gastos nos permiten seguir día a día y casi hora por hora, las idas y venidas de Sarmiento durante todo el transcurso de su viaje. Muchos de esos gastos son más elocuentes de lo que podrían serlo legajos enteros de informes circunstanciados. La jovial sorpresa de muchos estudiosos ante la mención Orgía, 13,5 francos del 15 de junio de 1846 en Mainville, no me impide preferir el rubro que sigue inmediatamente, Una pieza para secar la pluma, 2 francos, y que nos muestra a un hombre vigoroso y satisfecho, dispuesto a retomar la tarea después de una pausa bien merecida. Él, que es siempre frugal y moderado, pero que no olvida nunca una propina ni se priva jamás de su periódico, su café y sus cigarros (volviendo a Chile, en la Habana, se comprará 1000 cigarrillos), al llegar a Francia el 6 de mayo de 1846 se autoriza en Le Havre Dos botellas de vino extra, una de Burdeos 5 fr. y otra de Chambertin 8 fr., y tres días más tarde, el 9 de mayo, para festejar su primera velada en París, una cena de lujo en el Palais Royal por 12 francos. Estas fiestas privadas de un hombre

joven decidido a medirse con su tiempo me procuran, cada vez que pienso en ellas, una intensa emoción. En la alegría solitaria de los comienzos, no exenta ni de dudas ni de desgarramientos, esas celebraciones oscuras preceden, como un último descanso, las veredas tortuosas y sin regreso que nos llevan al encuentro de nuestro destino.